

Muchos de los antinacistas que la ola parda alcanzó a inmovilizar en los diferentes países de Europa, y entre los cuales había toda clase de individuos, desde dirigentes obreros hasta filósofos y desde oscuros espíritus hasta claras almas, tomaron por costumbre la de suicidarse cuando caían en manos de la Gestapo. Sabían que la tortura, si los torturaban para arrancarles algún secreto, sería superior a sus fuerzas y sabían también que, de no morir en ella, morirían irremediablemente en los campos de concentración o en las prisiones. De escapar, es decir, de sobrevivir, quedarían lisiados o transformados en muertos vivientes. ¿Para qué esperar? Una dosis de cianuro bastaba.

Arrinconados, huyendo a través de Francia, de Hungría, de Italia o de Austria, los perseguidos perdían, poco a poco, todo: sus nombres, sus apellidos, sus equipajes, su mujer, sus hijos. Conservaban, sin embargo, su ampollita o su tubo de cianuro o de estricnina; se los mostraban entre sí y hasta se repartían de ellos. Toma. Es rápido, cualquier cosa es preferible. Algunos, en ocasiones, alcanzaban a llegar hasta la frontera; otros, hasta el puerto: Marsella, por ejemplo. Pero un detalle cualquiera los traicionaba y la Gestapo aparecía.

Muchos escritores antinacistas murieron así, a sus propias manos, por medio del cianuro o de la estricnina.

Ahora, arbitrariamente, sin originalidad alguna, los amos de la Gestapo aparecen imitándolos. Como si se tratara de vulgares seres y no de soberbios ejemplares de una raza superior, unos tras otros, sin que la tortura los amenace, sin que nadie los persiga con la brutalidad con que ellos persiguieron, y, además, con un olvido absoluto de su papel histórico y de su responsabilidad, caen, aquí y allá, abatidos por sí mismos.

¿Arrepentimiento? De ningún modo: un nazi arrepentido sería algo que, paradójicamente, habría que calificar de monstruoso. ¿Temor? En general,

3

no, aunque, sin duda, muchos morirán de miedo a la muerte. El sentimiento dominante debe ser la soberbia humillada o la soberbia que no quiere humillarse. ¡Pensar que se tuvo a millones de seres bajo el puño, pensar que hubo un momento en que casi se fué dueño del mundo, pensar..... tantas cosas y tener, ahora, que bajar la cabeza y contestar el interrogatorio, explicar, repetir, equivocarse, tartamudear, ah, no! Es preferible la muerte.

Es cierto. Cierto, pero estúpido. Ellos lo quisieron así, sin embargo.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©